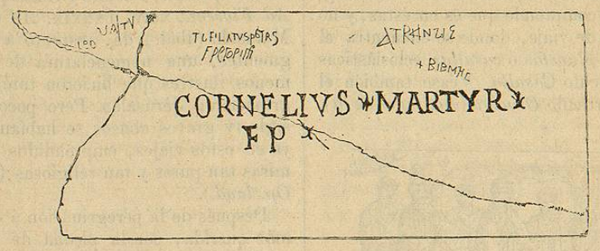
esposos, y sus hijos Audifas y Abachum, nobles persas, que habían venido á Roma PARA ORAR, en tiempo del emperador Claudio» (*Martyrol. Rom.*, XIX *jan.*). En San Gregorio de Tours (*De mirac. S. Martini*) pueden leerse numerosos é interesantes detalles sobre la afluencia de los peregrinos que tenía lugar al sepulcro de San Martín, y sobre los milagros que allí se obraban.

Pero lo que quizás es más concluyente todavía, es que los cementerios subterráneos de Roma han conservado hasta nuestros días evidentes pruebas de estas santas prácticas; tales son las inscripciones en caracteres cursivos trazadas, con la punta del estilo ó con un carbón, sobre el revestimiento de los muros de ciertos santuarios que habían servido de sepultura á los más ilustres mártires. Hemos tenido ocasión de leer un gran número en la cripta de San Calixto, donde el sabio caballero De'Rossi ha descubierto hace poco las tumbas de varios Papas y mártires del siglo III. Muchos de estos *graffiti* (véase *Civittà cattolica*, Luglio, 1854, pág. 125), inscritos desde los siglos III y IV, no expresan más que los nombres de los visitantes; pero otros ofrecen piadosos pensamientos y tiernas oraciones que prueban que los peregrinos, sus autores, fueron llevados á estos lugares por un sentimiento muy diferente del de la simple curiosidad (véase el artículo *Invocación de los Santos*). Así, en la cripta de San Cornelio, y hasta sobre los vestidos de su imagen, pintada de pie al lado de la de San Cipriano, además de una decena de otras firmas, se veían las de ocho sacerdotes, por lo menos, que, sin duda, según la prudente observación de M. De'Rossi, celebraron allí el santo sacrificio: BENEDICTUS PRB.—TEODORVS PRB.—IOANNES PRB., etc. (*Rom. sott.*, tomo I, pág. 285 y el grabado del artículo *Graffiti*). He aquí el *facsímile* de la tablita de mármol que cerraba la tumba de San Cornelio. Tiene también *graffiti*, entre los cuales han podido descifrarse los nombres de cinco personajes: TVFILATVS por *Theophilactus;* PETRS-*Petrus;* ATRIANVS, LEO, ΓΡΕΓΟΡΙ.



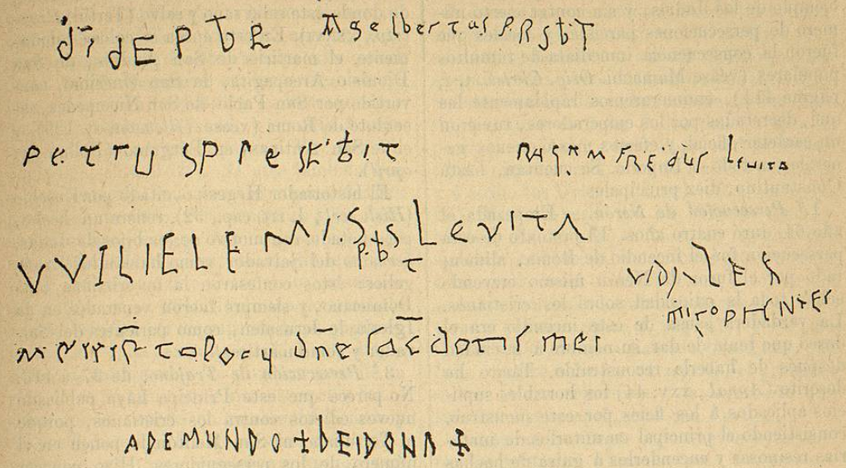

Se ha encontrado cerca de Santa Constanza, sobre la vía Nomentana (véase De'Rossi. *Inscr. Christ.*, t. I, pág. 310, n. 71) un monumento que es para nosotros de especialísimo interés. Es un bello epitafio métrico de dos jóvenes de la Galia, NATIONE GALLA GERMANI FRATRES, que habían muerto el mismo día, en el año 442, y que estaban reunidos en la misma tumba. Puede suponerse que fueron llamados á Roma por un motivo piadoso. El sabio M. Ed. Le Blant (*Inscr. Chret. De la Gaule*, I, pág. 270 sig.) comprueba la existencia en la cripta de Montmartre, donde, según la opinión más probable, tuvo lugar el martirio de San Dionisio y de sus compañeros, de inscripciones de la misma naturaleza, y que parecen indicar que allí, como en Roma, han dejado los peregrinos huellas de su paso. Existen en un altar antiguo de Ham, y en Minerva, en el Languedoc, en otro altar levantado por el obispo Rústico (ibidem, pág. 185). Copiaremos aquí algunas de las firmas trazadas sobre este último altar, y se verá que, como en la cripta papal de San Calixto, son las más veces nombres de sacerdotes que celebraron allí la misa. 1. DSDE PBR. *Deusdet Presbyter*. 2. PERVS PE. 3. AGELBERTVS PRSBT. 4. RAGAMFREDVS LEVITA (*diácono*). 5. WILIELMVS LEVITA. Está aquí recargado PBT, lo cual supone que este diácono repitió su peregrinación después de ser elevado al orden del presbiterado. 6. MEMETO LOCY, DNE SACDOTIS MEI. *Memento loci*, *Domine sacerdotis mei*, quizás por *sacerdotii mei* (*acordaos, Señor*, del lugar *de mi sacerdocio, es decir*, *del rebaño que se me ha confiado*). 7. VIDALES ITERO PRENTIS; ésta es también la conmemoración de una segunda visita: *Vidalis itero præsentis;* en el genitivo del nombre *Vidalis*, se sobreentiende la palabra *signum*. 8. ADEMVNDO + DEIDONA +, son probablemente las firmas de dos esposos que habían hecho juntos la peregrinación de Minerva. Véase en la página siguiente el *facsimile* de estas firmas.

M. el abate Bargés ha publicado un importante altar descubierto en las cercanías de Auriol y que lleva también inscripciones cursivas (véase nuestro artículo *Altar*).

En el museo lapidario de Lión se ve el epitafio de un comerciante llamado AGAPVS, el cual, en el número de sus virtudes, señala,



sobre todo, la constancia en visitar las sepulturas de los Santos: LOCA SCORVM ADSEDVE (De Boissieu. *Inscr. antiq. de Lyon*, pág. 593).



trasladen *ad limina apostolorum: Roma* CUM SOLEMNI CONSUETUDINE *ad beatorum apostolorum limina venissemus.*

**PERISTERIUM.**—Véase el artículo *Paloma eucarística.*

**PERSECUCIONES.**—I. La persecución de la Iglesia cristiana empezó en los mismos lugares que fueron su cuna. Inmediatamente después de la ascensión de Jesucristo, concibieron celos de sus progresos los Judíos, y ensayaron toda clase de medios para destruirla (*Act.*, IV, V). «Desde los Apóstoles, dice Tertuliano (*Contr. Gnostic.*, X), no cesó la sinagoga de ser una fuente de persecuciones», *Synagogam fontem persecutionum ab apostolis*. Primero la atacaron con la calumnia, y bien pronto con la espada. El diácono Esteban, alma valerosa, *lleno del Espíritu Santo*, cuya palabra entusiasta convertía las muchedumbres, al mismo tiempo que sus limosnas aliviaban sus miserias, fué apedreado. Después de la muerte de este primer mártir, los Judíos estuvieron cada vez más sedientos de sangre cristiana. No se veían, en Palestina y en los países vecinos, sino hombres y mujeres arrastrados á la prisión por satélites que los príncipes de los sacerdotes enviaban á buscarlos por todas partes. Saulo puso todo el ardor de su alma al servicio de las odiosas pasiones que perseguían á los cristianos. (*Act.*, XXVI). Llenos de terror, los fieles se dispersaron por Judea y Samaria (*Act.*, VIII), algunos pasaron á Fenicia y á las principales ciudades de la Siria, y otros se dirigieron á la isla de Chipre.

Pero acordándose los Apóstoles de las promesas del Salvador, lejos de ceder á la tempestad, permanecieron en Jerusalén dispuestos á derramar su sangre por la fe, cuyo depósito les había sido confiado. El mismo Saulo, milagrosamente llamado á la luz del Evangelio, de perseguidor se convirtió en apóstol (*Act.* VIII), y bien pronto después terminó la persecución de los Judíos contra los cristianos. Esta paz duró hasta los tiempos del emperador Claudio. Pero bajo el reinado de este príncipe, Herodes Agripa, habiendo obtenido el reino de Judea y queriendo dar satisfacción á los odios de sus nuevos súbditos, que no estaban más que acallados, hacia el año 40 de Nuestro Señor, hizo cortar la cabeza á Santiago, hermano de Juan (*Act.* XII), y poner en prisión á San Pedro, reservándose condenarlo á muerte después de la fiesta de Pascua. El Príncipe de los Apóstoles fué libertado por intervención divina, y el perseguidor, habiéndose vuelto á Cesárea, fué comido allí por los gusanos.

Aunque después de la muerte de Santiago y de la libertad de Pedro no tengamos ningún conocimiento positivo de nuevas persecuciones suscitadas contra la Iglesia por los magistrados de Palestina, hasta el martirio del otro Santiago, discípulo del Salvador y obispo de Jerusalén, leemos, sin embargo, en las *Actas*, que varias veces, ya en esta capital (*Act.* XXII), ya en otras partes, los Judíos se amotinaron principalmente contra San Pablo (*Act.* XIV, XVI sig.), y quisieron condenarlo á muerte. Annano, gran sacerdote de los Judíos, queriendo señalar los principios de su pontificado con algún acto brillante, reunió el *sanhedrín*, hizo comparecer al obispo de Jerusalén como culpable de impiedad, y lo condenó á ser apedreado; Santiago, según el relato de Hegesipo (Ap. Euseb. *Hist. eccl.*, II, 23), fué pre-

cipitado desde lo alto del templo y acabado á palos.

II. Los paganos no tardaron en seguir el ejemplo de los Judíos, y sin contar cierto número de persecuciones parciales y locales que fueron la consecuencia inmediata de tumultos populares (véase Mamachi. *Orig. Christ.*. t. I, página 414), enumeraremos rápidamente las que, decretadas por los emperadores, tuvieron un carácter oficial, y efectos más ó menos generales en todo el Imperio. Se cuentan, hasta Constantino, diez principales.

1.° *Persecución de Nerón.* — Empezada el año 64, duró cuatro años. El pretexto de esta persecución fué el incendio de Roma, alimentado por el furor de Nerón mismo creyendo echar toda la odiosidad sobre los cristianos. La verdadera causa de este incendio era el deseo que tenía de dar su nombre á la ciudad después de haberla reconstruído. Tácito ha descrito (*Annal.*, XXV, 44) los horribles suplicios aplicados á los fieles por este monstruo, consistiendo el principal en untarlos de materias resinosas y encenderlos á guisa de hachas para iluminar sus jardines durante la noche. El martirologio romano dedica el 24 de Junio una memoria general á todos estos mártires, discípulos de los Apóstoles. Esto sucedió el segundo año, es decir, el 65, cuando San Pedro y San Pablo fueron martirizados. Es cierto, á pesar de la aserción contraria de algunos críticos, que esta persecución se extendió á las provincias, no en un principio, porque no teniendo entonces la persecución más pretexto justificado que el incendio de la ciudad, es evidente que los cristianos de Roma podían ser los únicos comprometidos. Pero la instrucción de la causa los declaró libres de esta culpa, ciñéndose entonces la acusación á que eran enemigos del género humano. Desde entonces no había ya razón para perdonar á los cristianos de las provincias (véase De'Rossi. *Bullet.*, 1865, pág. 93). Los mártires más ilustres que pueden citarse, son: en Milán, San Gervasio y San Protasio, San Nazario y San Celso, y probablemente en Rávena San Vital; San Hermagro y San Fortunato en Aquilea; San Policarpo en Zaragoza, etc. También en esta persecución debió sufrir el martirio el evangelista San Marcos, así como Santa Tecla, puesto que se ha considerado siempre como la primera persona de su sexo que sufrió el martirio.

2.° *Persecución de Domiciano*, de 94 á 96. Imitador de los vicios de Nerón, lo que hizo que Juvenal lo llamara *Nerón* (*Satir.*, IV, 38), y todavía con más energía por Tertuliano, «parte de Nerón por la crueldad», *portio Neronis de crudelitate* (*Apol.*, V), después de haber gravado á los cristianos con impuestos exorbitantes, publicó contra ellos sanguinarios edictos. Sus víctimas más ilustres fueron Flavio Clemente, su primo hermano y personaje consular, que fué condenado á muerte en 95 (Sueton. *Domit.*, XV), y San Juan el Evangelista, á quien hizo arrojar en una caldera de aceite hirviendo, de donde éste salió sano y salvo (Tertul. *Præscrip.*, XXXVI). En esta época se coloca comúnmente el martirio de San Andrés, de San Dionisio Areopagita, de San Onésimo, convertido por San Pablo, de San Nicomedes, sacerdote de Roma (véase *Tillemont*, I, 129), y el de San Antipas, en Pérgamo (Bollan., II *april*).

El historiador Hegesipo, citado por Eusebio (*Hist. eccl*, l. III, cap. 32), refiere un hecho, poco notado, con motivo de los hijos de Judas, *hermano* del Salvador, como hablan los Evangelios: éstos confesaron la fe cristiana bajo Domiciano, y siempre fueron venerados en la Iglesia de Jerusalén, como parientes del Salvador y como mártires.

3.° *Persecución de Trajano*, de 97 á 116. No parece que este Príncipe haya publicado nuevos edictos contra los cristianos, porque ni Tertuliano ni San Melitón lo ponen en el número de los perseguidores. Hizo conocer únicamente su aversión hacia ellos en diversas circunstancias y en particular en una respuesta muy conocida á Plinio, en la cual aprueba la conducta de este procónsul de Bitinia, el cual, prestando homenaje á la inocencia de los fieles, enviaba, sin embargo, al suplicio á los que rehusaban apostatar. No hacía falta más para excitar contra ellos el furor de los pueblos y de los magistrados. Conviene observar que éste fué el primer acto que declaró decididamente ilícita la religión cristiana. Hasta entonces, los fieles, salvo durante las dos primeras persecuciones, habían permanecido dentro del derecho común, y estuvieron protegidos por la tolerancia de los Césares.

Podría verse también una de las causas de la persecución de Trajano en la aversión que sentía contra las corporaciones conocidas en Roma con los nombres de *collegia*, *corpora*, *sodalitia*. Pudo considerar como tales las asambleas de los cristianos, y temerlas tanto más, cuanto que eran secretas. Bajo Trajano fué cuando sufrieron el martirio San Simeón de Jerusalén, San Ignacio de Antioquía, y probablemente Santa Domitila, sobrina de Flavio Clemente. Esta persecución hizo estragos particularmente en Siria y en Bitinia. Pero Eusebio parece afirmar (III, 33) que si bien fué muy violenta en muchos puntos, no fué, sin embargo, universal.

Grocio piensa, no obstante (Ap. Ittig. *Hist. eccl. sec.*, II, pág. 279), que hizo correr más sangre cristiana que las de Nerón y Domiciano, porque fué más general; un hecho aislado prueba, sobre todo, la violencia de esta persecución: tal es la memoria que se dice haberse dirigido á Trajano por Tiberiano, gobernador de la Palestina, y en la cual se quejaba éste de la triste misión que le había encargado,



cansado de enviar los cristianos á la muerte, más que éstos lo estaban de correr á ella.

4.° *Persecución de Adriano*, de 118 próximamente á 129. Fué muy violenta, al decir de San Jerónimo (*Epist.* LXXXIV), aunque no se originó por edictos de este Príncipe, sino por el deseo de los enemigos de los cristianos de halagar su ciega tendencia y exclusivismo por las supersticiones paganas, y su odio á todo lo que fuese extranjero (Spartian. *Vit. Adrian.*, página II, edit. 1620). Se cree también que esta persecución pudo reconocer por causa las profanaciones de los carpocracianos y de algunos otros herejes, que fueron descubiertos en tiempos de Adriano, desórdenes que se atribuyeron indistintamente á todos los cristianos (Cyp. *Diss.*, II, c. 29). El celo tan pronunciado de este Príncipe por las supersticiones paganas, no fué, sin duda, extraño en él. Estas disposiciones, confirmadas por diversos actos de su vida, lo están también en una inscripción honorífica que se decretó en nombre del Senado y del pueblo romano: OB. INSIGNEM. ERGA. CAERIMONIAS. PVBLICAS. CVRAM. AC. RELIGIONEM (Fabretti, 181, 629). Es permitido suponer este celo poco sincero en un Príncipe tan ilustrado, y á cuyo favor, unos versos compuestos en sus últimos instantes, parecen acusar sentimientos muy poco religiosos. Según Baronio (*Ad an.* 150, § 4), esta persecución habría sido provocada por una sublevación de los Judíos, que siempre se confundían con los cristianos.

Con frecuencia fué interrumpida y definitivamente terminada. Se cree (Hieron. *Epist.* VIII), por las elocuentes Apologías de San Quadrato y de San Arístides (véanse sus noticias en el artículo *Patrología*). Bajo Adriano sufrieron el martirio el Papa San Alejandro I, con los sacerdotes Evencio y Teódulo, cuya tumba ha sido encontrada hace poco en la vía Nomentana; San Eustaquio con Santa Teopista, su mujer, y sus hijos Agape y Teopista (Fronto. *Calend.*, II *sept.*). Se cree que también en esta época es cuando hay que fijar el martirio de Santa Serafia y de Santa Sabina en Umbría; el de Santa Sinforosa y de sus siete hijos en Tívoli; el de San Marcio, obispo de Tortona, en Lombardía, y de San Segundo en Asti (Bolland, XVIII, *apr.*); y por último, el de San Antiloco, primer mártir de la Iglesia de Cerdeña (Baron, XIII *dec.*), y otros todavía. En Oriente se citan considerable número de mártires, entre los cuales brilla Santa Zoa con Héspero, su marido, y sus hijos Ciriaco y Teódulo (Bolland, II *maii.*).

5.° *Persecución de Marco Aurelio*, de 161 á 178. El nombre de Antonino, dado por los antiguos á Marco Aurelio, principalmente en sus medallas, ha hecho atribuir con frecuencia esta persecución á Antonino el Piadoso. Mamachi especialmente ha caído en esta confusión (véase *Origin. Christ.*, I, pág. 432). Lo que ha podido dar lugar á esto, es que San Justino había dirigido á este Príncipe su primera Apología; pero aunque bajo su reinado hubieran sido condenados á muerte los cristianos en las provincias, en virtud de leyes preexistentes, también es verdad que no publicó ningún edicto contra ellos, antes por el contrario, atendiendo á las reclamaciones de San Justino, escribió en favor de los fieles á toda la provincia de Asia, y también á los Atenienses, á los Tesalonicenses, á los de Larisa en Tesalia y á todos los Griegos (Euseb. *Hist. eccl.*, IV, 26). Marco Aurelio era un Príncipe dulce y bueno, y sin embargo, hubo en su reinado una violenta persecución. Se atribuye ésta en parte á las excitaciones de los filósofos, á los cuales se había entregado imprudentemente este Emperador (Justin. *Apol.*, I, pág. 47), y en particular á uno de ellos llamado Crescente, que fué, como se sabe por otra parte, el principal motor de las vejaciones y de la muerte que sufrió el ilustre apologista San Justino.

No parece que haya dado nuevas leyes contra los cristianos (Tertul. *Apol.*, V), pero ordenó la aplicación de las antiguas. Sin embargo, la Iglesia no careció entonces de defensores, porque además de San Justino, que dirigió á Marco Aurelio su segunda Apología, tuvo también á San Melitón, San Apolinario de Hierápolis, y después Atenágoras y Milciades, que escribieron en su favor tratados llenos de energía (véase Tillemont, II, páginas 343-349) (véanse las noticias de estos apologistas en el artículo *Patrología*). En esta persecución sufrieron el martirio el apologista San Justino en Roma, Santa Felícitas y sus siete hijos, San Policarpo en Smirna, San Potin y sus compañeros en Lión, y probablemente San Benigno en Dijon, San Espeusipo en Langres, San Andoco cerca de Autun, San Marcelo en Chalons-sur-Saone, San Valeriano en Tonnerre, etc. La persecución de Marco Aurelio es la primera que castigó las Galias.

6.° *Persecución de Septimio Severo*, de 200 á 211. En un principio, Severo fué favorable á los cristianos. Pero hacia el año 201, que es el sexto de su reinado, se levantó *en todas las Iglesias* una tempestad (véase *Act. MM. Scillit.* Ruinart, ed. Veron., pág. 73) tan violenta, que muchos cristianos creyeron en el advenimiento del Antecristo (Euseb. *Hist. eccl.*, VI, 7). La persecución empezó primero sin ninguna disposición de Severo, sino en virtud de las antiguas que puso en vigor Plauciano, favorito del Emperador y que gobernaba la Italia mientras éste se hallaba empeñado en una expedición contra los Partos. Se cree que fué entonces martirizado el Papa Víctor.

El pueblo romano, imaginándose que los cristianos eran la causa de las desgracias públicas, pedía á menudo que fuesen arrojados á los leones. Pero en 201, estando el Emperador